

Ígneo

Capítulo II: Alquimia de guerra

El aire se sentía restallar ante las campanadas que asolaban la ciudad. Aún podía sentir el humo de los múltiples incendios que continuaban ardiendo desde hacía varios días por todos los barrios, el polvo, cenizas parecían ocupar por completo todo el ambiente. Pero continuó por calles desiertas, completamente destrizadas por las batallas que allí se habían desempeñado: los adoquines estaban arrancados y golpeados contra los edificios, cuyas fachadas eran apenas unos amasijos de grietas. Los pocos árboles que se mantenían en pie estaban completamente carbonizados y eran simplemente esqueletos oscuros que se elevaban contra el cielo grisáceo.

Sentía el peso del macuto que portaba a la espalda. Ya llevaba recorridos más de tres kilómetros y las gotas de sudor corrían por todo su rostro, y en vano trataba de secarlas con el borde harapiendo de su túnica, ya que pronto eran sustituidas por más.

Pero no se desanimó, por fin quedaba poco para llegar a su destino: el ansioso y protegido Distrito Arcano.

Andris, de pequeña estatura, era uno de los alquimistas más prometedores, sin embargo, ante los últimos acontecimientos se había visto en la obligación de salir de la relativa protección de sus aposentos y laboratorios y adentrarse en las calles en guerra para conseguir los elementos que necesita para sus experimentos. Le suponía demasiada molestia y hacia una semana simplemente habría mandado a un aprendiz al puerto, pero en esta ocasión se habían negado todos, Andris había amenazado con expulsarlos de su taller, pero el Alquimista Superior había protegido a los estudiantes, permitiéndoles quedarse en las zonas protegidas de los ataques.

El alquimista no era especialmente valiente, de hecho, no sería capaz de adentrarse a unos pocos pasos de su taller antes de empezar a temblar descontroladamente. Pero cuando le interrumpen sus cargamentos diarios de elementos esenciales la situación varía. Y si es necesario recorrer media ciudad en guerra por ello no tardará en calzarse las botas y salir hasta el puerto para encontrarlas.

Poco a poco se puso a rememorar los acontecimientos que habían llevado hasta aquella situación: hacía apenas unos cinco días había estallado una revuelta esclava, concretamente en el Coliseo, durante el transcurso de los Juegos. Pero no había sido como nada nunca antes imaginado, no había sido simplemente un pequeño levantamiento sofocado, si no que parecía que todos los esclavos de la ciudad se habían revelado.

Las consecuencias al instante fueron brutales, ante la confusión, miles de personas murieron ante los esclavos, entre ellos incluido prácticamente toda la Guardia Dorada y los contendientes del ejército. Miles de grandes señores habían sido brutalmente asesinados por sus esclavos, e incluso el Emperador había sido brutalmente ejecutado al comienzo de la revolución.

Pronto los esclavos se hicieron con el control de casi toda la ciudad, principalmente del rico y céntrico Barrio Imperial, liberando a todos los esclavos a su paso y luchando en auténticas batallas contra los soldados y fuerzas que se les oponían, de esta manera consolidaron rápido su territorio. Sin embargo, había ciertas zonas que habían conseguido sofocarlos y mantener un cierto orden, el más importante de ellos era el puerto, que había conseguido mantenerse en el poder de los ambiciosos mercaderes y se enfrentaban en una auténtica guerra en las calles de la ciudad por el control de esta. Algunas pequeñas zonas

habían conseguido también mantenerse bajo poderes locales y se rumoreaba que una parte de la zona sur de la ciudad había conseguido mantenerse por los imperiales. Además de estos lugares, otra que había conseguido rechazar el ataque era el Distrito Arcano: zona de talleres alquimistas, debido a que normalmente no había muchos esclavos allí ya que los alquimistas son muy celosos con sus conocimientos y las labores de trabajo duras las suelen llevar a cabo los aprendices. Por tanto, cuando los esclavos se sublevaron fue sencillo sofocarlo, simplemente no había muchos por allí. Sin embargo, mantener la zona segura les estaba llevando demasiado trabajo: gracias a las potentes armas experimentales y a los innovadores explosivos enterrados, habían conseguido producir una zona controlada en torno al Distrito Arcano, pero su seguridad era bastante frágil por ahora.

De todos modos, a Andris todo ese tema le traía sin cuidado, únicamente se detenía a pensar en esto porque le causaba enormes contratiempos en sus investigaciones: los materiales no llegaban, había tenido que atravesar una zona en guerra para conseguir elementos muy básicos y además a unos precios desorbitados y sus aprendices no paraban de quejarse y huir del taller al menor ruido que escuchaban y eso si llegaban a ir al taller. En esos días su trabajo se había vuelto terriblemente lento, y eso que cada vez estaba más cerca de encontrar una solución práctica a su problema con la refracción de las piedras de cometa, que podría utilizarse para la creación de potentes lupas y espejos. Solo con pensar en las aplicaciones no podía evitar sentirse demasiado emocionado: ampliación de visión de objetos, obtención de luz en lugares alejados e incluso había pensado en una aplicación bélica.

Sin embargo, a este paso sus investigaciones tardarían mucho tiempo en poder ser utilizadas.

Casi había cruzado la zona segura por completo, podía sentir a su alrededor las miradas ocultas que se posaban nerviosas sobre él. Al más mínimo movimiento sospechoso no tardarían en arrojar sobre su cuerpo frascos con líquidos inflamables al aire, antes de que pudiese hacer algo estaría calcinado.

Andris no seguía un camino recto, si no que cambiaba rápidamente de dirección, de forma que su modo de andar era completamente errático y podía pensarse que sin ningún tipo de sentido, pero tenía una explicación coherente: el suelo estaba cubierto del maravilloso nuevo invento militar de los alquimistas, los explosivos enterrados, que contenían piedras negras de combustión, muy inestables y al mínimo cambio de presión explotaban brutalmente. Gracias a ellas habían conseguido mantener esa zona segura tantos días. De hecho, si el alquimista se fijaba un poco podía encontrar los cuerpos destrozados de aquellos que no habían sido tan habilidosos como él.

Por fin salió de la zona segura pero el clima silencioso seguía imperando por todos los lugares. Normalmente el Distrito Arcano era un lugar bastante bullicioso, lleno de aprendices y estudiantes corriendo de un lado a otro y cajas agolpándose en los rincones con materiales traídos desde todos los rincones del mundo, los gritos podían oírse en cualquier esquina y no era tan extraño escuchar de repente alguna explosión que salía de un edificio cercano. Sin embargo, ahora solo imperaba el silencio, no podía escucharse ni el más mínimo susurro, ni siquiera los pájaros parecían atreverse a perturbar aquel clima que se había instalado.

Andris continuó hasta llegar a su taller. Una enorme mole de granito con apenas unos pequeños ventanales situados casi en el tejado, parecía una fortaleza impenetrable y así lo creía su propietario y no podía sentirse más orgulloso al observar su palacio frente a los pequeños edificios de barro que los rodeaban.

Entro por una puerta lateral en el enorme edificio y pudo admirar la intensidad desde dentro. El silencio allí resultaba también muy extraño, normalmente siempre había algún fuego lanzando chispas en algún rincón y el vapor solía silbar a cada segundo desde las maquinarias que parecían ocupar todos los rincones a la vista. Pero allí el imperio del silencio seguía vigente y no parecía que quisiera darle fin.

Ni siquiera sus aprendices estaban allí. El Alquimista Superior había ordenado que se mantuviera todo el mundo seguro en sus casas y había recomendado parar los trabajos durante un tiempo, sin embargo, Andris no pensaba parar su investigación por unos pocos muertos y ataques en la ciudad y se quejaba a todas horas de todos los impedimentos que estaba teniendo que sufrir.

Depositó sobre una mesa los materiales que había traído y sin darse un segundo para el descanso, comenzó a apilar trozos de madera bajo una chimenea. Antes de que se hubiese dado cuenta, un agradable calor empezó a recorrer los rincones de la enorme estancia.

Con suma delicadeza se sentó en una enorme mesa ocupada casi en su totalidad por manuscritos y papeles con intrigados diseños y bocetos. Su mirada pasaba de uno a otro rápidamente, mientras murmuraba cada cierto tiempo para sí, como alentándose en seguir en su trabajo.

Alargó el brazo sin apenas dejar de mirar sus manuscritos y cogió una de las bolsas que había traído. De ahí sacó un pequeño trozo de una especie de metal muy brillante: piedra de cometa. Apenas ocupaba un puño, pero el alquimista tardó bastante tiempo en examinarlo, mirando todos y cada uno de los recovecos, admirando el brillo que parecía desprender cuando la luz incidía directamente sobre él.

A continuación, comenzó a fundirlo. Este trabajo le resultaba demasiado trabajoso: esto era el oficio de los aprendices, no de alguien como él. Debería estar ahora mismo repasando sus cálculos y no dedicándose a tareas que lo único que conseguían era hacerle perder el tiempo.

Decidió que cuando volvieran los aprendices les haría pagar esta pequeña humillación. Iban a tener el taller resplandeciente tras sus escaqueos. Además, tenía que vengarse del Alquimista Superior por haberlos dejado ir.

Mientras esperaba a que el metal se fundiera admiraba como los rayos de sol entraban por los altos ventanales, derramándose sobre las motas de polvo que viajaban de un lado a otro del taller.

Todo el mundo decía que la ciudad era un caos, pero aquello parecía tan tranquilo. Todo el mundo decía que los cadáveres se contaban por miles e inundaban plazas, calles y casas, pero el silencio era tan relajante. Todo el mundo decía que era un infierno, pero parecía tan cielo.

En esa situación ¿cómo iba a preocuparse de cualquier cosa que no fueran sus progresos?

Andris salió de sus pensamientos para atender el oficio que estaba llevando a cabo y con cuidado depositó el material fundido sobre unos pequeños moldes con forma de pequeñas láminas, de esta forma serían adecuados para trabajar con ellos y dejó que solidificaran lentamente, era la mejor forma de obtener lo que necesitaba.

Volvió a sumergirse en sus cálculos, tratando de calcular los parámetros exactos para que la refracción fuera lo suficientemente intensa para su objetivo y aplicando una tras otra ecuación cuyos datos resultaban complejos hasta para su entrenada mente.

Pero el sonido de la puerta abriéndose le sacó de su trabajo:

- Maestro, el Consejo le convoca – gritó un joven aprendiz, probablemente este sería su primer año y no entendería los procedimientos habituales para avisar a un alquimista de rango superior, pero aguantó sus ganas de castigar al pequeño aprendiz.
- ¿Cómo? ¿Con qué finalidad?
- No me lo han dicho, únicamente me han indicado que fuera corriendo a avisar al Maestro Andris y rogaban que acudiera con la máxima rapidez.

El alquimista estaba a punto de rechazar la invitación cuando se percató que en la situación actual de la ciudad a lo mejor resultaba necesario: no le importaba mucho la seguridad, pero no iba a permitir que los retrasos en su mercancía continuaran alargándose mucho más.

Salió del taller junto con el aprendiz que lo guio por las calles hacia su objetivo, Andris iba a decirle que no tenía mucho sentido, ya que conocía el Distrito Arcano mucho mejor pero no quería quitarse esa ilusión.

Obviamente iban al Taller Mayor, que situado en el centro del Distrito se encargaba de toda la administración del mismo. Andris nunca había entendido su nombre ya que no era un taller, sino un conjunto de edificios muy próximos, conectados mediante pasarelas y pasadizos que constituían el centro de organización de todo el Distrito Arcano. Allí se realizaban los Consejos, se expedían licencias para los talleres, se permitía a los alquimistas ejercer su función dentro del Imperio y gran cantidad de papeles de diversa naturaleza. Pero no había experimentos. Ni uno solo. Tal vez por eso a Andris no le gustaba mucho.

Entró por una de las puertas más sencillas de todos los edificios y a pesar de que normalmente no había nadie por allí, en esa ocasión había unos cuantos alquimistas consagrados que se encargaron de registrarlo y de asegurarse de que no llevaba nada peligroso encima. Los tiempos de guerra era extraños.

Continuó por los pasillos tratando de seguir los rápidos pasos del aprendiz hasta que finalmente llegó a la sala del Consejo: un enorme espacio abierto, con varias gradas y unos pequeños asientos de madera, que parecían bastante incómodos sobre los que se encontraban unos cincuenta alquimistas, todos con aire de haber dormido demasiado poco. En el centro de esas gradas se encuentra el Alquimista Supremo. A Andris no le cae muy bien aquel hombre, prácticamente su talento era nulo y podía contar sus buenas ideas con los dedos de una mano, sin embargo, era innegable que para tratar los temas de

administración era bastante adecuado, por tanto, aunque no le tenía mucho respeto procuraba tratarlo con un poco de educación.

- Muchas gracias Maestro Andris por acudir tan rápidamente – dijo el Alquimista Supremo, pero su interlocutor solo le respondió con un ligero gruñido. - Ahora que ya estamos todos podemos comenzar.
- Como muchos sabéis – continuó con voz firme y segura. – Nos enfrentamos a tiempos oscuros, que nos obligan a dejar nuestras investigaciones y proyectos para dedicar nuestros esfuerzos a la calle.

Parecía que esa insinuación iba claramente dirigida hacia Andris, pero este pareció que no se había dado cuenta de esa indirecta tan clara.

- Y, por tanto, tenemos que tomar decisiones importantes sobre todo lo que sucede. No podemos encerrarnos en la relativa seguridad de nuestro barrio tratando de hacer caso omiso de lo que sucede fuera de él. Ahora es imposible.
- ¿Cuál es la situación actual? – preguntó un Maestro que Andris no creía haber visto nunca antes. Seguramente había entrado allí por contactos y no por su talento.
- Disponemos de relativa seguridad por todo el Distrito, hemos plantado explosivos por todos los alrededores y fronteras por lo que un ataque directo parece improbable en los próximos días. Sin embargo, es evidente que somos investigadores y maestros, no soldados, nuestras estrategias pronto serán descubiertas y estaremos a merced de aquel que quiera atacarnos. Y me temo que una vez superen las fronteras exteriores del barrio no tenemos capacidad de defensa. Las armas bélicas que tenemos están diseñadas para campos de guerra, entre callejuelas y edificios provocarían demasiada destrucción y muertes aliadas.
- Pero los esclavos parecían haber parado sus ataques hacia nosotros ¿no?
- Es cierto, pero no parece que vaya a ser una paz duradera, su objetivo es hacerse con todo el control de la ciudad y es cuestión de tiempo que consigan llegar hasta aquí, no en vano nos superar cien a uno.
- Les rechazamos una vez, podremos volver a hacerlo, solamente son un par de sucios mendigos sin apenas pan que llevarse a la boca – dijo con desprecio uno de los Maestros más viejos.
- Ojalá fuera así, pero la situación es mucho más grave de lo que imaginamos: como sabéis el poder imperial ha caído y las últimas noticias no son alentadoras. Esta rebelión ha sido el golpe aprovechado por las provincias para reclamar su independencia y el ejército Imperial está comenzando a disgregarse. Sin el Emperador el caos se ha instalado por todos los rincones, los esclavos se han encargado de eliminar a la mayor parte de los nobles de modo que hay un vacío de poder demasiado grande. Nadie sabe que sucede, Androl parece ser el epicentro de todo.
- ¿Pero y la Guardia Dorada? ¿Y el ejército de las afueras de la ciudad?
- La Guardia Dorada está siendo ejecutada por los esclavos en las plazas de la ciudad, cada noche se producen ejecuciones masivas y sus cadáveres siembran cada rincón de esta ciudad, se dice que mantienen algo el control del Palacio Imperial, pero supongo que no durante mucho tiempo. En cuanto al ejército ha sufrido todavía peor las consecuencias: en la ciudad no era muy numerosos y tras

el cierre de las puertas se ha visto relegado afuera de las murallas. Los pocos que han quedado dentro se han mostrado a favor del Emperador y han sido atacados tanto por los esclavos como por los comerciantes del Puerto que ven esta oportunidad adecuada para adueñarse de la ciudad.

- Entonces, ¿qué podemos hacer? – la voz que preguntó resultaba muy débil, probablemente de uno de los maestros más jóvenes del Consejo.
- La situación actual es de auténtica guerra y principalmente hay dos bandos fuertes: el de los esclavos liberados y el de los comerciantes del Puerto. Los primeros exigen su libertad, son tremendamente violentos y asesinan sin ningún tipo de miramientos a cualquiera que se oponga a ellos o que haya apoyado el esclavismo. Los segundos son oportunistas y astutos, día a día sus filas aumentan con los mercenarios que contratan y son los que controlan el Puerto. Ambos pretenden hacerse con el control de la ciudad y someterla a su poder.
- ¿Pero que podemos hacer contra eso? Es obvio que ambos nos superan con muchas más fuerzas – preguntó una voz a la que Andris no pudo poner cara.
- Por eso les he convocado miembros del Consejo. Hoy, tras varios días de que se haya iniciado la guerra por la ciudad de Androl hemos obtenido dos propuestas. Nuestro deber es estudiarlas y determinar que es mejor para la seguridad del Distrito Arcano, y para mantener nuestros estudios.

Por un lado, en primer lugar, hemos recibido a unos representantes de los esclavos, nos ha sorprendido porque eso parece indicar que están mucho mejor organizados de lo que pensábamos y todo esto estaba más que planificado. Nos han dicho que se han hecho con el control de casi todo el centro, pero nos ofrecen una propuesta interesante: a cambio de nuestra alianza el Distrito Arcano no será atacado, tendremos que declarar obediencia al nuevo orden que se establezca, pero nos permitirán libertad en nuestros experimentos, sin ningún tipo de intervención como con el Imperio, además prohibición total de esclavitud y por último la exigencia de que los hijos de esclavos podrán acceder a los talleres para aprender.

Comenzó a elevarse un murmullo por entre los miembros del Consejo, pero antes de que aumentaran demasiado el Alquimista Superior continuó relatando:

- Por otro lado, los comerciantes del Puerto también se han puesto en contacto, reclaman nuestra ayuda y armas para aplastar la sublevación de los esclavos, a cambio nos ofrecen grandes recompensas cuando se hagan con el control de la ciudad, incluyendo miles de esclavos y sobre todo nos asegurarán que los materiales que queremos lleguen hasta nosotros, algo que actualmente no está siendo posible.

Como veis ambos bandos nos reclaman por algo muy simple: somos el elemento que inclinará la balanza hacia uno u otro bando. Nosotros por tanto tenemos que determinar cuál es la mejor opción de ambas.

- ¿Por qué elegir entre esos dos bandos de malnacidos? Dejemos que se mutilen entre ellos desde nuestra seguridad – dijo un Maestro bastante anciano
- No podemos hacer eso, ambos nos verían como una amenaza y no tardaríamos en caer. Tenemos capacidad de rechazar un primer ataque, pero un segundo es muy posible que nos desborde.

- ¿No resulta obvio? Los comerciantes suponen mucha más estabilidad que esos sucios esclavos que no tienen ninguna idea de gobierno – gritó uno de los miembros más poderosos del consejo: un Maestro grande y gordo que Andris no tenía ni idea de su nombre.
- Esos desgraciados de los comerciantes llevan años estafándonos – replicó otro Maestre, Andris le observó, en este caso sí que lo conocía, era Entrol y le tenía en gran estima, era de los pocos allí cuyas investigaciones le parecían realmente útiles e interesantes – Cobrando miles de monedas de oro por un gramo de incienso de las Llanuras del Sol, ¿dónde se ha visto semejante locura?, retrasando nuestros cargamentos simplemente para cobrar más y elevando los precios cuanto más necesitas un ingrediente. Por mí, que esos hijos de puta aprendan su merecido y de paso recuperaremos un poco del dinero que nos roban.
- Ellos por lo menos mantienen ese flujo de ingredientes – soltó con veneno el alquimista gordo.
- Pues es hora de que los releven del puesto.
- No podemos quedar en manos de esos sucios esclavos, no han tenido nada durante toda su vida, no van a saber administrarlo. Son unos salvajes – escupió una voz. El coro de odio hacia los esclavos parecía cobrar cada vez más fuerza.

Los gritos empezaron a alzarse en la sala, lo que hasta hacía un momento era una reunión calmada del Consejo parecía que se estaba transformando en un auténtico campo de batalla.

Mientras tanto Andris observaba todo con curiosidad, un poco molesto porque para eso le hubiesen interrumpido de su trabajo, pero al mismo tiempo divertido de ver a los Maestros, tan sobrios y formales, insultarse entre ellos.

- Lo que no entiendo – reclamó una voz más aguda que las demás – es la oferta de los esclavos. ¿No nos tienen rencor? ¿No quieren hacernos pagar? Todo esto tiene pinta de trampa.

El Alquimista Superior reclamó silencio para tratar de explicar la situación, sin embargo, fueron necesario varios minutos y unas amenazas antes de que pudiera hablar con tranquilidad:

- Nos lo explicaron claramente: el Distrito Arcano no ha sido eminentemente esclavista, es cierto que en algunos momentos nos hemos aprovechado de su fuerza, pero en general casi todos los trabajos los desempeñan los aprendices y casi no hay esclavos en la zona. Es por ello que durante la sublevación nos fue tan sencillo rechazarla, apenas había esclavos dentro del Distrito que se levantarán. Sin embargo, he de confesar y sin intención de influir en la decisión del sabio Consejo de Alquimistas que la opción de los mercaderes parece tener algo más oculto. Hemos visto reducido nuestras provisiones y cargamentos a mínimos, lo cual resulta muy extraño y nuestros informantes nos han dado la noticia hoy: los mercaderes retienen en los almacenes del Puerto muchos de nuestros materiales con el fin de presionarnos a la hora de apoyarles en esta guerra.

De nuevo los gritos estallaron en la sala, y los insultos parecieron redoblar sus esfuerzos.

- Me parece bastante cierto – la voz calmada de Andris se elevó sobre el clamor de los gritos – dado que cuando he ido esta mañana a adquirir ciertos materiales para mis investigaciones, he tardado mucho más de lo necesario para conseguirlas. Todos los mercaderes me decían que no tenían mercancía, debido a la guerra estaba todo paralizado. Sin embargo, después de eso puede tener esa explicación: los mercaderes nos están intentando extorsionar.

De nuevo comenzó la discusión entre todos los asistentes a la reunión. De pronto había dos facciones muy claras, una abogaba por el apoyo total de los esclavos y principalmente estaba apoyada por Emtrol y la otra reclamaba el apoyo para los mercaderes y estaba defendida por el alquimista obeso del cual Andris no sabía su nombre. El Alquimista Supremo simplemente observaba la escena sin tomar partido por uno o por otros.

Andris se levantó de su asiento y sin que nadie se percatara salió de allí por la puerta más cercana. Ni siquiera trataron de impedirselo, tan absortos que estaban en sus discusiones. Cuando cerró la puerta tras de sí el sonido quedó amortiguado por la madera vieja y confiable.

Continuó su camino hacia su taller, con pasos firmes, alejándose cada vez más de aquel Consejo de locos. Él no sabía cuál era la mejor opción, pero desde luego no iba a quedarse allí parado mientras sus piedras de cometa seguían en los cajones sin ser investigadas ni usadas. Él no quería poder de decisión, quería poder experimentar tranquilo.

Y mientras avanzaba por las calles desiertas, con la luz del sol en el rostro y la suave brisa que se atrevía tímidamente a revolver sus cabellos hacia su taller no podía parar de pensar en que parecía mentira. No podía resultar tan cierto: el destino de toda una ciudad había quedado en las manos de un puñado de locos.